

PASCUA DE RESURRECCIÓN

1ª lectura (Hechos, 10, 34a.37-43): *Dios estaba con él.*

Salmo (117, 1-2.16ab-17.22-23): *«Este es el día en que actuó el Señor: sea nuestra alegría y nuestro gozo»*

2ª lectura (Colosenses, 3, 1-4): *Buscad los bienes de arriba.*

Evangelio (Juan 20, 1-9): *Vio y creyó.*

De nuevo ellas, las mujeres. A veces se oye decir que la Biblia marginó a la mujer, hoy, de nuevo, estas tres mujeres nos son propuestas como modélicas: María Magdalena, María la de Santiago y Salomé. Modélicas no –de momento– en la fe, sino en su amor hacia Jesús. El que ama, a veces, no encuentra respuestas para todo, pero ama. Estas mujeres, con sus dudas y miedos, seguían amando a Jesús. El camino de la fe está también lleno de sorpresas. Dios siempre nos sorprende. No se deja reducir a nuestras fáciles respuestas.

Así estas mujeres iban por el camino con la duda de cómo harían para mover la piedra del sepulcro. Era su preocupación. Llegaron al sepulcro y la piedra estaba ya movida. Primera sorpresa. Entraron al sepulcro y allí encontraron un joven vestido de blanco. Ellas no sabían quién era. Nosotros sí, un mensajero de Dios. Segunda sorpresa. Dice la traducción que se quedaron aterradas. El verbo griego original (ekthambeo) significa: *«asustar»*, *«asombrar»*. Sí, nos encontramos en ese mundo de reacción humana ante lo inesperado y lo inexplicable.

Pero ellas ya no hablan, ahora el que habla es el mensajero de Dios. El foco de nuestra atención se debe poner en él y en sus palabras. El mensajero enseguida entiende que están asustadas y por eso empieza su discurso intentando transmitir paz. Ya no tiene sentido que busquéis el cuerpo muerto de Jesús. Él ha resucitado y ya no está aquí. Estas dos palabras: *«Ha resucitado»* cambiaron la historia de la humanidad, de estas sencillas mujeres y de los discípulos.

Este sería el grito de euforia con el que se iniciaría la predicación de la primera comunidad cristiana: *«Ha resucitado»*, *«El Señor vive»*. El texto evangélico acaba con un mandato a las mujeres: *«Id a Galilea, allí le veréis»*. La muerte de Jesús fue en Jerusalén, el sepulcro estaba a las afueras de Jerusalén. **¿Por qué volver a Galilea? ¿Por qué ir ahora allí?** Es una vuelta al amor primero.

Todo empezó allí. Jesús empezó a predicar, a curar, a sanar, a escuchar... allí, junto a las riberas del mar de Galilea. También nosotros recibimos esta invitación, volver a nuestra experiencia primera con Jesús. Recordar y actualizar aquel amor que un día nos hizo creer en Jesús. Él, el Señor, nos espera y nos precede en la Galilea de nuestra vida. En lo sencillo, en lo cotidiano, en nuestras faenas y quehaceres.

¡Jesús, al que crucificaron, vive! ¡Alegrémonos! Nada ni nadie nos podrá arrebatar esta alegría. Los cristianos vivimos de esta feliz noticia: Jesús ha resucitado; Dios lo ha levantado del polvo de la nada, lo ha rescatado de la oscuridad y del olvido de la muerte. Se lo ha llevado con Él, al reino de la vida, al reino de la luz y de la alegría. Este Domingo de Pascua no es un día cualquiera. Es el día más extraordinario, el día jamás soñado, pues ha sucedido lo que nunca nos atrevimos a imaginar y lo que siempre nos costará creer: que Jesús vive. Ha resucitado.

El salmo 117 nos ayuda a expresar esta alegría: *«este es el día en que actuó el Señor, sea nuestra alegría y nuestro gozo»*. **¿Es, acaso, una ensoñación o solo un deseo? ¿Es una creencia sin fundamento o se trata de la verdad más grande y más importante para la humanidad?** Sus seguidores y amigos, los primeros discípulos, aquellos que compartieron camino y vida con él, tampoco se lo podían creer. Ellos, que lo amaban, pero que lo habían abandonado en su hora más triste y decisiva, no daban crédito a lo que ahora experimentaban. El resucitado venía a ellos.

Lo descubrieron al asomarse a lo más profundo de sí mismos, a lo más profundo de su experiencia con Él. Era Él sin lugar a dudas. Era el mismo Jesús que habían conocido y que ahora venía a ellos resucitado de entre los muertos. Lo reconocieron porque, abatidos como estaban, se sintieron acogidos y perdonados; porque su presencia les llenó el corazón de paz; porque sus palabras resonaban en su interior con la misma fuerza que el día que las escucharon de sus labios; porque, por fin, en la oscuridad, vieron la luz que desprendía su vida y creyeron en Él y en su mensaje. Lo reconocieron porque, muertos de miedo como estaban, se sintieron inundados por una fuerza que los empujaban a salir a la intemperie de la vida y de sus peligros para proclamar que el crucificado había resucitado y que lo habían visto.

Jesús resucitó y, desde entonces, vive para siempre y siempre buscará salir a nuestro encuentro. Hoy, como aquellos primeros discípulos, tenemos la oportunidad de abrir nuestros ojos, nuestro corazón, abrir toda nuestra vida y poder así reconocerlo en el partir el pan de la eucaristía, que es él mismo; y poder reconocerlo, también, al partir nuestro pan con los pobres, sus preferidos, los primeros en su Reino.